



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La Universidad Nacional y la España peregrina

Autor: Hernández de León Portilla, Ascensión

Forma sugerida de citar: Hernández de León Portilla, A. (1989). La Universidad Nacional y la España peregrina. *Cuadernos Americanos*, 3(15), 9-25.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año III, núm. 15, (mayo-junio de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LA ESPAÑA PEREGRINA

Por *Ascensión* HERNÁNDEZ DE LEÓN PORTILLA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS,
UNAM

CUANDO EN 1939 la Universidad Nacional Autónoma de México abrió sus puertas a los intelectuales españoles del exilio y los incorporó a su claustro de profesores e investigadores hizo suya una presencia muy significativa de la ciencia y el humanismo españoles del siglo xx. Desde entonces hasta ahora han transcurrido cincuenta años; un período corto si miramos el pasado; largo si atendemos a la historia de nuestro siglo. En sí mismos estos años constituyen un lapso de tiempo lo suficientemente completo para poder mirar la vida de aquellos hombres y comprender sus afanes y preocupaciones en España, para valorar sus intereses y meditaciones en México.

El tema es de tal interés que son muchos los trabajos en torno a él y muchas las aportaciones que en ellos se guardan. Pero vale la pena recordar que los hechos históricos importantes necesitan ser interpretados una y otra vez y, que en cada reinterpretación, encontraremos una faceta nueva, un nuevo matiz que nos ayudará a completar y enriquecer su significado.

Las siguientes páginas son un intento de reinterpretar la vida y el quehacer de estos españoles agrupados en generaciones, recordarlos una vez más, calibrar su labor en la Universidad Nacional, valorar su contribución a la vida universitaria y analizar el legado que han dejado para la historia contemporánea de España y de México.

*El concepto de generación como
categoría historiográfica*

ENTRE las muchas formas de computar el tiempo histórico nos interesa recordar aquella que toma como medida del acontecer la vida del hombre. Abundan las culturas en las cuales la vida de un personaje destacado ha sido aceptada como elemento de periodiza-

ción, de acercamiento a los hechos, de conservación de la memoria de los pueblos.

Más cerca de nosotros, varios pensadores del siglo pasado se preocuparon por destacar la importancia que para la historia tiene el estudio de un grupo de hombres coetáneos, de una "generación", a menudo unidos por "una manera de sentir y comprender la vida por un estado de ánimo colectivo".¹ Entre otros podríamos citar los nombres de Auguste Comte y Wilhelm Dilthey. En nuestro siglo el estudio de las generaciones ha sido abordado por historiadores, literatos y sociólogos como François Mentré, Eduard Spranger y Karl Mannheim. Pero debemos a José Ortega y Gasset el haber logrado penetrar en la esencia de esta materia con método riguroso y sistemático. En *El tema de nuestro tiempo* y *En torno a Galileo* profundiza en el concepto de generación como categoría histórica. Delimita el papel de las generaciones en la vida individual y colectiva, destaca su significación social, su componente mayoritario y su minoría creadora. Especifica sus rasgos históricos, su espíritu de continuidad o de ruptura, su relación con la generación anterior y posterior, su vocación, su ritmo histórico. Estas y otras meditaciones, producto de la reflexión y de la sensibilidad de Ortega, hacen del tema una fuente inagotable de inspiración para todos aquellos que se preocupan por el estudio del transcurrir del hombre dentro de un tiempo, podríamos decir intrahistórico, entendiendo esta palabra como Unamuno la pensó.

Se articula este trabajo sobre el concepto de generación porque en él se trata de presentar la obra de hombres concretos, integrados en varios grupos que, delimitados por un tiempo, compartieron una sensibilidad y una actitud ante la vida. Tal enfoque ayuda además a inquirir en las relaciones que se pueden establecer entre las generaciones y las colectividades que las sustentan, porque, en el fondo, cada generación es una colectividad pequeña en la cual se siente la presencia de lo individual. Cabe pensar que a esto se refería Ortega cuando decía que "cada generación es un compromiso dinámico entre masa e individuo".²

A lo largo de estas páginas, intentaré mostrar la naturaleza y el significado de cuatro generaciones de universitarios españoles en la Universidad Nacional. Señalar cómo cada una de ellas enriqueció su propio presente con la herencia de la generación anterior y con

¹ François Mentré, *Les générations sociales*, citado por Julián Marías, *El método histórico de las generaciones*, 4a. ed., Madrid, Revista de Occidente, 1967, p. 115.

² José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, en *Obras Completas*, Madrid, 1946-1947, v. III, p. 147.

sus aportaciones y en qué medida supieron comunicarse con las mayorías, absorbiendo su pensamiento y comunicándoles el propio. En una palabra, cómo lograron recoger y agrandar el legado histórico que recibieron, confiriéndole un significado para la vida de España y de México.

*Los universitarios españoles, hombres
de varias generaciones*

¿QUIÉNES eran estos hombres a los que la UNAM abrió las puertas de sus aulas? Una respuesta sencilla sería dada por cualquier mexicano medianamente informado: eran una parte de los recién desembarcados en Veracruz, los llamados refugiados, a quienes Cárdenas y sus colaboradores habían invitado a rehacer sus vidas en México. Si ahondamos un poco más, pronto descubriremos que formaban parte de todo un mundo intelectual que ante los acontecimientos europeos se desplazaba al continente americano para poder seguir pensando en libertad.

Los recién llegados no eran unos emigrantes como tantos otros a lo largo de la historia. Más bien constituían un grupo singular por la calidad de sus miembros. "Nunca en la Historia de España se había producido un éxodo de tales proporciones ni de tal naturaleza",³ ha escrito Vicente Llorens, protagonista y a la vez historiador del exilio español de 1930. Desde diversas posturas ideológicas, esos intelectuales compartían el espíritu del movimiento regeneracionista que se gestó en la segunda mitad del siglo XIX y que ha sido uno de los motores de la vida española de nuestra centuria. Difícil es aquí entrar en la génesis de este movimiento pero sí podemos fijar un primer momento en que afloró con fuerza en las mentes de un grupo famoso, el que se conoce como generación del 98. "El desastre" golpeó la conciencia española, conmovió la memoria del pasado, hizo saltar un sentimiento de angustia hacia el futuro. Los hombres de esa generación encaminaron sus tareas, desde una postura crítica, a elaborar un programa que propiciara un cambio integral de la sociedad española, que llevara a una regeneración de muchas de las estructuras del país, envejecidas, inoperantes. A México llegaron algunos miembros destacados de esta generación como Ignacio Bolívar, Odón de Buen y Rafael Altamira. Los tres laboraron en la Universidad Nacional y vivieron una etapa mexicana, la última de su vida, rica en creatividad.

³ Vicente Llorens, "La emigración republicana", en *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, v. I, p. 99.

La generación siguiente es la que se conoce como la "de 1914". Sus miembros, formados en la atmósfera de sus maestros del 98, cuando llegaron a México, ya eran dueños de experiencia y madurez. Habían realizado una función rectora en la vida española y, en la UNAM, desempeñaron un relevante papel como maestros, investigadores y formadores del espíritu universitario.

Fueron también los mentores de la siguiente generación, la que despuntó al comenzar la década de los años treinta, que conocemos como "generación de 1931". Como sus maestros, estos jóvenes heredaron la preocupación regeneracionista y participaron activamente en los acontecimientos del período republicano. Su quehacer en México será objeto de estudio en las páginas siguientes.

Por último, antes de pasar a describir cada una de estas generaciones, hay que recordar la presencia de los muy jóvenes, los que terminaron su formación en la propia UNAM. Constituyen una cuarta generación conocida como hispano-mexicana. Conservan la preocupación por el exilio y son el último eslabón de esta cadena de generaciones. Entré todas ellas existió una convergencia de ideales y de búsquedas, y esto favoreció una continuidad histórica. En especial las tres primeras moldearon el pensamiento español de la primera mitad del siglo xx. No es extraño que a este brillante período de la historia española se le haya llamado "Edad de plata".⁴

Una pléyade de estos hombres dejó su país y encontró acomodo en la Universidad Nacional, su nueva *alma mater*. Tal suceso, que era un episodio importante dentro del exilio español de 1939, fue a la vez un hecho histórico relevante en la cultura contemporánea de México, de España y del mundo de habla española. Veamos cómo eran estos hombres, su pensar y actuar, su significado en el contexto de nuestro siglo.

La generación de 1914: acercamiento a su personalidad histórica

MUY pocos fueron, como es obvio, los que, de la generación del 98 llegaron a México en la diáspora del exilio. Ya recordamos a los principales, el biólogo Bolívar, el historiador Altamira y el oceanógrafo De Buen. Fueron ellos el eslabón que en México mantuvo la relación de su generación con la de 1914.

Miembros destacados de ésta, impulsados por el entonces joven profesor de metafísica de la Universidad de Madrid, José Ortega y

⁴ Tal es el título del libro que sobre este tema publicó en 1975 José Carlos Mainer.

Gasset, dieron vida en 1913 a una peculiar agrupación, la "Liga de Educación Política", cuya meta era la de ejercer una función rectora en la vida española. Un año después, estimulada por el famoso discurso de Ortega, *Vieja y nueva política*, tal agrupación se consolida y este hecho ha servido para que los historiadores lo tomen como epónimo de una generación.⁵ A la Liga o a su espíritu se alieron muchos que con el paso del tiempo serían figuras destacadas, estrellas de primera magnitud como Manuel Azaña, Gregorio Marañón, Américo Castro, José Moreno Villa y Enrique Díez Canedo.

Estos y otros miembros igualmente brillantes habían tenido la fortuna de crecer en la atmósfera creada por sus maestros del 98. Herederos directos de Joaquín Costa y Antonio Machado, conciencias sociales de su generación, de Miguel de Unamuno, conciencia política, y de Rafael Altamira, conciencia americanista, vivieron una actitud receptiva a los grandes cambios, verdaderamente revolucionarios, con que se despertaba el siglo XX. Para decirlo con Ortega, eran hombres "a la altura de su tiempo".

En este rico trasfondo histórico podemos vislumbrar dos grandes intereses comunes a todos ellos, uno de índole académica y otro de índole social. En lo que toca al primero, vivieron intensamente el espíritu universitario. Fueron también los fundadores de los primeros centros de investigación, constituidos alrededor de la Junta para Ampliación de Estudios. Universidad y Junta hicieron posible un enriquecimiento de la vida académica y cultural de España. Juan Marichal nos ilustra este hecho al definir a la generación de 1914 como "la primera plenamente universitaria, preocupada por hacer precisión en los diferentes campos del saber, que se halla a la altura de los tiempos de la civilización occidental".⁶ Fue también la primera generación española muchos de cuyos miembros pudieron gozar de becas para estudiar en el extranjero, y de esta manera enriquecer su visión del mundo con otras lenguas y culturas.

En el mismo grado que la preocupación académica desarrollaron una conciencia política, una sensibilidad social. Esto les permitió un diálogo y un compromiso con la sociedad española. Dos publicaciones impulsaron este diálogo, ambas fundadas por Ortega: el semanario *España*, en 1915 y el periódico *El Sol*, en 1917. En estos años vivieron los acontecimientos europeos, que tanto afectaron a Rusia, Alemania y Hungría.

⁵ Concretamente es Lorenzo Luzuriaga quien acuñó el término en un artículo aparecido en 1947 en la revista argentina *Realidad*. Juan Marichal, José Luis Abellán y Manuel Tuñón de Lara se han ocupado de ella en varias de sus obras.

⁶ Juan Marichal, "La generación de intelectuales y la política", en *Revista de Occidente* (Madrid) 140 (1974), p. 170.

Su compromiso social se agrandó al ser proclamada la dictadura de Primo de Rivera. De nuevo Ortega saca a luz una publicación pro libertad de pensamiento, la *Revista de Occidente*, en 1923. Mientras tanto Unamuno, desde el exilio, encabeza una oposición admurada y compartida por muchos. Cada día es más reconocida la obra de los hombres de 1914 por una mayoría que comparte su pensar y actuar. Es el momento en que Azaña logra conjugar la ideología de los miembros de su generación con las inquietudes de una mayoría de la población liberal española y crea un nuevo partido, Izquierda Republicana. El partido de Azaña pronto desempeñó un papel vertebral en la vida política española y, junto con el Socialista, fue el artífice de cambios verdaderamente revolucionarios en la historia del siglo XX español. En síntesis, los hombres de 1914, como pocas veces en la historia, lograron incorporar "el hecho social a la tarea cultural",⁷ en frase de Manuel Tuñón de Lara.

Por desgracia, poco duró esta función rectora, este momento de esplendor de los hombres de que venimos hablando. La mayoría de ellos, en plena madurez, tomó el camino del exilio, vencidos en la guerra civil de 1936. Después de una vida de lucha y de un triunfo intenso, se abría una etapa incierta, difícil, amarga, desgarradora para algunos. Tuvieron que dejar el Viejo Mundo y adaptarse al Nuevo, que a la larga, como veremos, llegaría a ser su nueva y generosa patria.

En realidad, esta circunstancia histórica no fue exclusiva de los pensadores españoles. Sus coetáneos europeos también la vivieron: Albert Einstein, Niels Bohr, Werner Jaeger, Martin Buber, Gabriel Marcel, Ernst Cassirer, Walter Gropius, Bela Bartok, Arturo Toscanini, son unos cuantos nombres de toda una generación marcada por dos guerras mundiales y por un período de entreguerras desolador, de terribles dictaduras, sufrimientos y frustraciones. Miembros también de la generación de 1914, tuvieron que elegir el exilio para poder seguir pensando en libertad. De ellos se ha dicho que fueron "caminantes entre dos mundos, uno muerto, otro sin poder nacer".⁸ Hoy podemos calibrar cómo la vida de estos hombres, su espíritu de rebeldía, de lucha, su exilio, su fortaleza, en fin, ante las dificultades de la historia, modelaron en buena parte nuestro tiempo.

Concretamente en México, en la Universidad Nacional, rehizo su vida un grupo muy significativo de profesores españoles de la generación de 1914, como después se verá. Con ellos vinieron sus

⁷ Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1984, p. 160.

⁸ Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Harvard University Press, 1979, p. 203.

discípulos, los que hoy consideramos miembros de la generación de 1931, plena también de significación histórica. Acerquémonos a ella.

*La generación de 1931:
algunos de sus rasgos*

Es precisamente en esta fecha, 1931, cuando los nacidos muy a fines del siglo pasado y muy a principios del presente entran de lleno en la vida política y cultural española. He aquí el porqué del nombre de esta generación, que Juan Marichal y Manuel Tuñón de Lara prefieren al de "generación de 1936" propuesto por Homero Serís. Dentro de ella tiene personalidad el grupo que tradicionalmente conocemos como "generación de 1927".

Eran todos ellos herederos del pensamiento de las dos generaciones anteriores. Con ellas compartían la necesidad de preguntar al pasado, el espíritu crítico hacia el presente, la preocupación hacia el futuro y desde luego la fe en los postulados regeneracionistas. Uno de sus miembros, Pedro Laín Entralgo, pondera la "confianza de esta generación en la continuidad de la empresa educativa y reformadora iniciada por sus abuelos y sus padres históricos".⁹

Compartían también un espíritu universitario adquirido en centros de estudios españoles y extranjeros, y consolidado en los institutos de investigación de la Junta. Su grado de especialización, conocimiento de lenguas, de culturas, su capacidad académica, hizo posible que muchos de ellos figuraran como pensadores destacados en las humanidades y las ciencias contemporáneas. Como a sus maestros, también a ellos la guerra los marcó para siempre. Este triste acontecimiento fue el eje que cambió sus vidas, el suceso que marcó su visión del mundo. Un estudioso de esta generación, José Luis Abellán, al analizar la personalidad de Laín Entralgo, afirma que "el peso de la guerra civil fue el elemento cualitativo que marca su destino y su vocación de modo definitivo e irrevocable";¹⁰ afirmación que bien puede aplicarse a otros muchos. Los que salieron al exilio perdieron todo: su tierra, su gente, su oportunidad histórica; se vieron agobiados por una terrible sensación de "vacío", como decía José Medina Echavarría. Pero los que se quedaron, pasada la euforia del triunfo, fueron cayendo en un sentimiento de derrota. Se sintieron sin maestros, sin hermanos, sin su otra mitad. En cierto modo cul-

⁹ Pedro Laín Entralgo, "Los del 27", en *El País* (Madrid), 27 de noviembre de 1985.

¹⁰ José Luis Abellán, "Laín filósofo de la cultura española", en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), 446-447 (1987), p. 421.

pables, necesitados de "descargar la conciencia", inmersos en pecado, en un "tormento interno".¹¹ A la larga casi todos se han sentido vencidos y a través de este sentimiento se han acercado a sus compatriotas del exilio, se han hermanado de nuevo con ellos; al final, el tiempo los ha unido en la experiencia histórica común que la guerra trágicamente separó.

Rasgo digno de ser destacado fue su incipiente americanismo. Si no todos, al menos muchos de ellos concebían la cultura española como una realidad que sobrepasaba ampliamente las fronteras de España. Sabían que las lenguas delimitan los ámbitos culturales, y que la española tiene detrás de sí el respaldo de un continente. Eran conscientes de que en nuestro mundo moderno "el eje de la historia gravita más y más hacia el hemisferio occidental",¹² como le gustaba decir a Rafael Altamira. En esto tampoco surgieron de la nada. Si miramos atrás observaremos que fueron los eruditos del siglo XIX los que, una vez superado el trauma de la Independencia, crearon las bases para un reencuentro con América: Amador de los Ríos, Marcos Jiménez de la Espada, Francisco Pi y Margall, y, un poco después dos importantes americanistas del 98, Valle Inclán y Altamira. Más entrado nuestro siglo encontramos a los maestros de 1914 —Ortega, Díez Canedo, Menéndez Pidal— en contacto con la realidad americana, dialogando con sus colegas del Nuevo Mundo, Rubén Darío, Alfonso Reyes, Carlos Pereyra, Enrique González Martínez y Martín Luis Guzmán.

El americanismo del grupo de 1931 se consolidó durante la década de 1930, cuando varias repúblicas americanas, en especial México, incrementaron sus relaciones con España. La simpatía recíproca desembocó en un apoyo total de México a la República española y, más aún, se transformó en una empresa de rescate de los vencidos españoles.

La postura de México influyó en la actitud de los miembros de la generación de 1931, menos pesimistas que sus maestros, sobre todo de aquellos que vieron la derrota como "una negación de todos sus designios y sueños", en frase de Marichal.¹³ Cabe pensar que la

¹¹ Estos sentimientos se pueden ver en Dionisio Ridruejo, "Los vencedores de ayer nos sentimos vencidos hoy", en *Bohemia* (La Habana), 31 de marzo de 1957, p. 68. También en Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barral Editores, 1976 y José Luis Aranguren, "Characteristics of the Thought of the Spanish Generation of 1936", en *Spanish Writers of 1936*, London, Tamesis Books, 1973.

¹² Rafael Altamira, *La huella de España en América*, Madrid, Reus, 1924, p. 30.

¹³ Juan Marichal, "Los intelectuales y la guerra", en *El País* (Madrid). 15 de junio de 1986..

juventud del grupo y su sensibilidad americanista aligeraron el reto a vencer en 1939. Pudieron ellos conservar el valor para dar la batalla final, "la de ganar el exilio";¹⁴ como decía José Puche. Restablecieron la continuidad histórica en un espacio nuevo, aunque en un tiempo común con sus hermanos que habían quedado en España. Pudieron seguir siendo quienes eran y a la vez crear en y para otra sociedad. En fin, mostraron a las generaciones futuras lo que es posible lograr cuando se cuenta con valores tales como la fortaleza y el humanismo y con una sociedad que, como la mexicana, los recibió en sus más prestigiados centros de cultura.

*La Universidad Nacional:
su momento de esplendor*

EN México, una vez aquietada la violencia en el campo de las armas, una pléyade de hombres, comprometidos con los postulados revolucionarios, se entusiasmó con la idea de llevarlos a la práctica. A través del pensamiento pretendían ellos crear una atmósfera adecuada que permitiera los cambios necesarios para lograr la modernización, la regeneración de las estructuras del país. Los hombres de quienes venimos hablando son los que aquí se se conocen con el nombre de "generación de 1915" o "epirrevolucionaria". Hacia 1920 empezaron a desempeñar funciones importantes, comenzaron a cumplir un papel rector en la vida del país. El historiador Luis González, que los ha estudiado con profundidad, afirma que fueron ellos los que pusieron orden en el desbarajuste revolucionario y sentaron los cimientos del "milagro mexicano".¹⁵

Formados en un ambiente universitario, los miembros de ella se entregaron con ahínco a una tarea de búsqueda y de creación, desde diversas perspectivas ideológicas. Fueron muchos los que se preocuparon por ahondar en el ser de México, en perfilar la mexicanidad desde diversos campos del saber. Como ejemplo podríamos recordar a José Vasconcelos, Samuel Ramos y Antonio Caso, que lo hicieron desde la filosofía; a Manuel Gamio y Alfonso Caso, desde la antropología; Daniel Cosío Villegas y Jesús Silva Herzog desde la historia; Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán a través de la creación literaria; los tres grandes muralistas desde la pintura. No menos brillantes fueron los que buscaron el enriquecimiento del saber mexicano acercándose a otras formas de pensamiento como el

¹⁴ Editorial del semanario *Boletín al Servicio de la Emigración Española* (México), 22 de agosto de 1939.

¹⁵ Luis González, *La ronda de las generaciones*, México, 1984, p. 106.

helenista Alfonso Reyes y los que integraron el famoso grupo de "Los Contemporáneos". Destacados también fueron los que, inmersos en el estudio de las ciencias, hicieron posible el actual desarrollo científico del país. Entre otros cabe recordar a Ignacio Chávez, Manuel Martínez Báez, Isaac Ochoterena, Fernando Orozco, Arturo Rosenblueth y Manuel Sandoval Vallarta.

Con la perspectiva del tiempo, podemos afirmar que fue ésta una generación rica en búsquedas y fecunda en logros. Poseedora de una conciencia mexicanista y de gran apertura a las corrientes innovadoras de las humanidades y las ciencias, constituye uno de los pilares del México actual.

Sin duda, es en este marco de pensamiento donde la Universidad Nacional comienza a afianzar y consolidar su vida académica y a perfilarse como el centro de estudios más importante del país. Recreada en 1910 por Justo Sierra, logra su estatuto de autonomía en 1929, y entra a la nueva década fortalecida y en vías de expansión. Aunque no es el momento de historiar este proceso, me permitiré enumerar los centros que surgieron entre 1934 y 1945, en orden cronológico: Facultad de Ciencias, Escuela Nacional de Economía, Instituto de Investigaciones Estéticas, Instituto de Física, Instituto de Derecho Comparado, Centro de Estudios Filosóficos, Instituto de Química, Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos, Instituto de Matemáticas e Instituto de Investigaciones Históricas.

Los españoles no pudieron llegar en mejor momento, en una coyuntura con una doble circunstancia a su favor: por una parte el encuentro con colegas con los que les unían intereses académicos y sociales; por otra, una vida universitaria en plena expansión. Esta doble circunstancia hizo posible una integración profunda no sólo en las tareas propias del profesorado sino también en funciones de otra índole. Prueba de ello fue el hecho de que los recién llegados fueran invitados a ser cofundadores de los nuevos centros —facultades e institutos— así como de seminarios, cursos de posgrado y revistas especializadas. En resumen, un recibimiento singular que sólo puede ser explicado por la actitud receptiva y generosa de la Universidad Nacional. Nadie mejor que Gaos para testimoniarlo:

Con una generosidad y una perspicacia émulas entre sí . . . , con un patriotismo ejemplar por la clarividencia y la altura de sus miras, en vez de recelar del prestigio de aquella España que estimaban, pensaron, más bien, con complacencia, en la apropiación de él por su país.¹⁶

¹⁶ José Gaos, "La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana", en *Revista de Occidente*, mayo de 1966, p. 172.

Tal recibimiento fue premisa fundamental para que una parte de la España Peregrina se integrara plenamente en la Universidad. En su atmósfera acogedora muchos españoles pudieron desterrar el sentimiento de "vacío" que todo exilio conlleva y descubrir una nueva *alma mater* que los conquistó e integró en la mexicanidad.

Pensamiento hispano y mexicanidad

EN las aulas universitarias fueron acogidos no sólo los maestros, entre los cuales se contaban seis exrectores de universidades españolas,¹⁷ sino también los jóvenes que empezaban a publicar en la década de los años treinta y aún los más jóvenes, que terminaron en México sus carreras. Tal actitud fue también correspondida, como nos lo recuerda Daniel Cosío Villegas al decir que "los españoles supieron acercarse a los maestros mexicanos consagrados y entenderse perfectamente con ellos".¹⁸ Esta comprensión facilitó la profunda participación de los profesores españoles en la vida académica de México, lo que a la larga significó un "vigoroso injerto",¹⁹ como lo ha definido Héctor Fix Zamudio.

Pero, más allá de una acogida sin cortapisas, la Universidad les dio también la posibilidad de preservar sus ideales, su humanismo hispánico. Gozaron de total libertad para cultivar sus intereses académicos, para seguir ligados a un pasado que les proporcionaba una conciencia firme y valerosa y preservaron la preocupación por el exilio en función de un futuro esperanzador.

Al mismo tiempo, la convivencia con sus colegas mexicanos fue la puerta de entrada a un mundo nuevo, la realidad mexicana. Pausadamente se les hizo presente otra conciencia, profundamente atractiva y enriquecedora al mismo tiempo. Consciente o inconscientemente comenzó para ellos un proceso de interacción entre valores hispánicos y mexicanidad que fue fundamental para que se sintieran "empatriados", "transterrados", como decía Gaos.

El testimonio de Eduardo García Máynez, director de la Facultad de Filosofía en 1940, nos ilustrará este fecundo proceso:

Quiero subrayar el papel que desempeñó en esas empresas, lo mismo que en las actividades docentes y en el cultivo y difusión de las ideas

¹⁷ Eran ellos Pedro Bosch Gimpera, Blas Cabrera, José Gaos, José Giral, José Pucho y Jaime Serra Hunter.

¹⁸ Daniel Cosío Villegas, *Memorias*, México, Joaquín Mortiz, 1976, p. 75.

¹⁹ Héctor Fix Zamudio, "El Derecho", en *Las Humanidades en México* (UNAM), 1978, p. 309.

filosóficas, el grupo de los maestros españoles. Lo que entonces se hizo, difícilmente habría podido lograrse sin su ayuda. Aquellos años fueron un momento feliz de nuestra facultad, pues los azares de la historia hicieron que entre sus profesores figuraran, junto a los más notables entre los mexicanos, varios de los mejores de las universidades de Madrid y Barcelona. . . Recuerdo que en aquella época me reunía casi todos los días, para forjar nuevos y más ambiciosos proyectos, con dos de mis colaboradores más entusiastas: el fino y sentencioso García Bacca, con su no perdido aire ascético y sacerdotal, y el eufórico, locuaz y siempre optimista Roura Parella. Fue entonces cuando descubrí, como Cándido el de Voltaire, que lo mejor de la vida es el trabajo, cuando el trabajo puede interpretarse como respuesta a un llamamiento que sale de los hondones del espíritu.²⁰

Esta cita de García Máynez constituye un testimonio de inigualable valor. En verdad fue en el campo de la filosofía donde este proceso de interacción tuvo uno de sus más altos logros. No voy a adentrarme aquí en el tema de la influencia del pensamiento de Ortega y Gasset en la "forja de una conciencia americana", que ha sido magistralmente expuesto por José Luis Abellán y Leopoldo Zea. Solamente recordaré los nombres de algunos como José María Gallejos Rocafull, Juan Roura Parella, Jaime Serra Hunter y Ramón Xirau, maestros de la generación de 1914, y los de Eugenio Imaz, Juan David García Bacca y Eduardo Nicol, de la generación siguiente, la del propio Gaos. Uno más, Adolfo Sánchez Vázquez, el más joven del grupo. Las palabras y los escritos de todos ellos son reflexiones innovadoras, fruto de su propio pensar y del diálogo con sus colegas mexicanos, Samuel Ramos, Antonio Caso y Francisco Larroyo.

La Universidad acogió también a un grupo de historiadores, algunos de los cuales laboraban en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, donde tuvieron una gran presencia dos mexicanos, Alfonso Reyes y Silvio Zavala, acogidos por el entonces director, Ramón Méndez Pidal. Además de Altamira, anteriormente citado, vale la pena recordar a Juan de la Encina, Pedro Urbano González de la Calle, Agustín Millares Carlo y Pedro Bosch Gimpera, maestros del 14, también a sus hijos de generación, Ramón Iglesia, José Ignacio Mantecón, José Miranda, Wenceslao Roces, Juan Comas, y el más joven, Juan Antonio Ortega y Medina, formado en México. La acogida de colegas mexicanos tales como Pablo Martínez del Río, Rafael

²⁰ Eduardo García Máynez, "Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos", en *Dianoia, Anuario de Filosofía* (México, UNAM), 12 (1966), pp. 240 y 243.

García Granados, Justino Fernández, Francisco de la Maza y Alfonso Caso les alivió el peso del exilio, les facilitó su quehacer académico.

Dentro de este micromundo de humanistas que se aposentó en nuestra Universidad hubo varios juristas prestigiados. Casi todos ellos eran hijos del patriarca del derecho español, Eduardo de Hinojosa, y admiradores de Ortega y Gasset. Podemos recordar en este campo a los viejos maestros Constancio Bernaldo de Quirós, Manuel Pedroso, Mariano Ruiz Funes y Felipe Sánchez Román. Otros, más jóvenes, alcanzaron aquí la plenitud de su desarrollo: Luis Recaséns Siches, Niceto Alcalá Zamora y Castillo, el sociólogo José Medina Echavarría y los abogados-economistas Manuel Sánchez Sarto, Javier Márquez, Ramón Ramírez Gómez y Antonio Sacristán Colás.

Capítulo importante dentro de la España Peregrina es el de los literatos de la generación de 1927. Tipifican ellos el sentir de los jóvenes que bebieron la vena poética de los creadores del 98 —Unamuno, Machado, Juan Ramón— y que supieron cultivar la capacidad creadora de su propia generación, de la cual Federico García Lorca pronto fue el símbolo.

La vida universitaria contó con la presencia de muchos de ellos: Manuel Altolaguirre, Max Aub, Luis Cernuda, Juan José Domenchina, Pedro Garfias, Juan Gil Albert, Juan Rejano, Emilio Prados. También con la de algunos de sus maestros, León Felipe, Enrique Díez Canedo y José Moreno Villa. En la Universidad crearon un micromundo poético, único dentro del exilio español. Ese micromundo se completó con las creaciones artísticas de gentes como Félix Candela, Rodolfo Halffter y Antonio Rodríguez Luna y con la ayuda de mexicanos tales como Octavio Paz, Xavier Villaurrutia y Carlos Chávez.

Al aquilatar el pensamiento español contemporáneo, José Luis Abellán destaca el "alto clima"²¹ que en el cultivo de la ciencia se había logrado en España en las primeras décadas de nuestro siglo. Y en verdad los científicos españoles constituían parte esencial del renacer cultural español. La vida de estos científicos estuvo estimulada por tres figuras pioneras de la investigación: Santiago Ramón y Cajal, Ignacio Bolívar y Odón de Buen y del Cos.

La Universidad Nacional acogió a estos dos últimos, Bolívar y De Buen, viejos maestros del 98, verdaderos patriarcas de la ciencia española. Como en el caso de Altamira, ambos estaban más allá de la victoria de uno u otro bando; al elegir el exilio, mostraron a sus colegas hasta dónde es posible llegar en la porfía por la libertad.

²¹ José Luis Abellán, *De la guerra civil al exilio republicano*, Madrid, Mezquita, 1983, p. 64.

Los dos vivieron sus últimos años acogidos con calor por sus colegas mexicanos, Ignacio González Guzmán e Isaac Ochoterena.

También sus discípulos, entonces jóvenes, rehicieron sus vidas en la Universidad, consagrados al estudio de la naturaleza mexicana: Cándido Bolívar, Federico Bonet, Enrique Rioja, Faustino Miranda y Bibiano Osorio y Tafall.

Un grupo de investigadores, agrupados alrededor del Instituto Nacional de Física y Química, gozaba de prestigio internacional por sus aportaciones en el campo del magnetismo, peso atómico y química orgánica. La UNAM recibió a varios de ellos: Blas Cabrera, Antonio Madinaveitia, Pedro Carrasco y José Giral, y a los entonces jóvenes, Francisco Giral y Juan de Oyarzábal. Manuel Sandoval Vallarta y Fernando Orozco fueron, como otros mexicanos, anfitriones generosos.

En muchas ocasiones se ha puesto de relieve el número y la calidad de los médicos que se asilaron en México. Este hecho responde a una realidad, el ambiente médico español que se fue creando bajo la estimulante figura de Ramón y Cajal. Dos ilustres mexicanos, Ignacio Chávez y Manuel Martínez Báez, conocían esta realidad y no dudaron en atraer a varios jóvenes, formados con Pío del Río Ortega y Juan Negrín, discípulos directos del gran Cajal. Cuatro de ellos han hecho escuela en la Universidad: Isaac Costero, José Puche, Dionisio Nieto y Rafael Méndez. Otro más, Germán Somolinos, es digno de mencionarse por sus aportaciones en el estudio de la historia de la medicina, española y mexicana.

Pocas son las figuras que aquí se han recordado, pero podemos tomarlas como ejemplos valiosos para comprender cómo estos exiliados lograron hacer fructificar, con su vida y con su obra, la España Peregrina que llevaron en su espíritu. Queden estas páginas sólo como un esbozo, como unas líneas de un cuadro impresionista en el que se han querido plasmar las figuras de algunos miembros de las generaciones de 1914 y 1931. Pero en la Universidad hay una generación más que vale la pena recordar, la de los jóvenes de 1950, ahora ya maestros reconocidos.

*La última generación del exilio:
la "generación hispano-mexicana"*

EN este micromundo de la España Peregrina, los que llegaron adolescentes hoy son maestros reconocidos, dueños de una presencia relevante, de marcada personalidad. Atrayente sería un estudio detallado del grupo, a través del cual se nos revelaría no sólo su capaci-

dad académica sino también su condición existencial, marcada por una raíz bifurcada, doble herencia, doble identidad.

Esta identidad doble acaso sea el rasgo más sobresaliente. Quizá por ello Francisco de la Maza la llamó generación *nepanila*, "en medio", y uno de sus miembros, Luis Rius, la denominó "fronteriza". También se les conoce como la "generación de 1950", ya que hacia aquel año empezaron a enseñar y a publicar. En realidad, varios de estos apelativos definen, ante todo, una circunstancia vital, la doble identidad española y mexicana.

Si intentáramos desdoblar esta identidad, encontraríamos en cada uno de ellos dos condiciones: una la heredada, la histórica, comprometida con un pasado que es parte esencial de su ser. En sus hogares, en sus colegios, en sus círculos sociales, vivieron una atmósfera donde se conjugaban valores y actitudes siempre en torno a una conciencia hispánica. "Peregrinos desde niños", nos dice Arturo Souto, "la guerra está en el fondo de su memoria. La guerra y el exilio ocuparon con densidad abrumadora los primeros y más sensibles años de esta generación".²² Es una herencia que los acerca a un espacio y tiempo españoles, y los liga a sus mentores de las generaciones anteriores.

Pero, junto a esta condición heredada, poseen otra adquirida, que integra su otra mitad y que es tan sustancial como la primera. Inmersos en el trasfondo histórico hispánico, viven y participan en un presente mexicano que han sabido asimilar. Su quehacer está a este lado del Atlántico y son hijos de la Universidad Nacional. Formados en su espíritu, participan de las inquietudes y logros de esta casa de estudios y comparten los sentimientos e intereses de sus colegas mexicanos, con los cuales forman un todo. Son el eslabón final de una cadena que se desprendió de España y que se anudó para siempre a México.

Algunos son doblemente eslabones por formación académica y por familia. Es el caso de Ramón Xirau, Carlos Bosch García, José Ignacio Bolívar, Carlos Imaz y Néstor de Buen. Hay muchos más: Francisco Perelló, Francisco Tomás Pons, Juan Antonio Tonda, matemáticos; Juan Benito Artigas, arquitecto; las hermanas Rius, Pilar y Magdalena, químicas; Augusto Fernández Guardiola y los hermanos Guarner, Vicente y Enrique, médicos; Santiago Genovés y José Luis Lorenzo, antropólogos; Carlos Sáenz de la Calzada, geógrafo; Emilio García Riera, historiador del cine; Francisco Moreno Capdevilla y Vicente Rojo, pintores; Aurora Arnáiz, jurista. Junto a ellos un grupo de literatos con marcada personalidad: Mercedes Díaz Roig,

²² Arturo Souto Alabarce, "Sobre una generación de poetas hispanoamericanos", en *Diálogos* (México), 17 (1981), pp. 4 y 7.

Horacio López Suárez, Angelina Muñiz, Federico Patán, José Pascual Buxó, Francisca Perujo, Luis Rius y César Rodríguez Chicharro. Por su circunstancia vital y por su formación universitaria mexicana podríamos también incluir a Carlos Blanco Aguinaga, Pedro Carrasco Pizana, Manuel Durán y Juan Marichal.

Muchos de ellos entraron en el mundo literario, con "pie callado, con humildad que parece íntima soledad", como dice Arturo Souto, protagonista y espectador de este grupo. Resalta también Souto la "tendencia reflexiva y melancólica, el tono severo, equilibrado, intimista, con recuerdos dolorosos muchos de ellos".²³

Doble raíz, doble respuesta. De una parte personalidad enriquecida de españolidad y mexicanidad. Pero también la nostalgia de un tiempo y espacio españoles que nunca llegaron a poseer en plenitud. En algunos de ellos, este sentimiento aparece como algo que desborda sus propias vidas. Veámoslo en una estrofa de Luis Rius:

Siempre he sido pasado; así me muerdo
no recordando ser sino haber sido
sino tampoco haber sido antes primero.²⁴

No está dicho todo sobre esta generación que, por otra parte, está en plena madurez. De su nostalgia, de su doble conciencia que por ser doble está enriquecida, mucho podemos esperar.

Consideraciones finales

AL evocar el papel de estos universitarios españoles salta a la vista, en primera instancia, el profundo significado que la Universidad Nacional tuvo en sus vidas. Fue ella el nuevo espacio donde se reanudaron sus tareas, y alcanzó continuidad el renacer cultural que tiñó el siglo xx español. Si además de este esplendor universitario pensamos en el auge de otros centros de estudio y de las casas editoriales que surgieron en la ciudad de México, diremos, con Arturo Souto, que hubo "un desplazamiento de la cultura a este lado del Atlántico".

El "vigoroso injerto", de que nos habla Fix Zamudio, el "momento feliz" según García Máynez, nos hacen pensar en un encuentro de comprensión y de enriquecimiento entre las corrientes de pensamiento de México y de España. El espíritu de colaboración entre mexicanos y españoles propició el acercamiento de sus propias concien-

²³ *Ibid.*, p. 5.

²⁴ Luis Rius, "Soneto", en *Diálogos* 17, (1981), p. 3.

cias y el descubrimiento de una conciencia común digna de ser estudiada y aprovechada. Hubo un conocimiento del otro y también de sí mismo a través del otro. Este logro quedará como algo trascendente dentro de los procesos históricos encaminados a la comprensión y al diálogo de hombres y culturas.

Las aportaciones de todos ellos en el campo de las humanidades y las ciencias son ya legado en la historia de México y de España. Al estudiar el pensamiento español contemporáneo siempre habrá que tener en cuenta el quehacer de estos hombres de la España Peregrina y pensar que ellos son la otra rama del renacer español, separada por la guerra, pero a la postre inseparable de la mitad que se quedó en España. Con el tiempo ambas ramas se miraron, dialogaron y se reconocieron como parte de un mismo tronco y de una misma raíz.

Con el paso de los años vemos a esta España Peregrina como una semilla al viento que arraigó y fructificó en tierras lejanas. En ella iban muchas de las mentes brillantes que habían hecho posible el renacer cultural español. La Universidad Nacional les dio posada y cupo a ella la satisfacción de ser su nueva *alma mater*. El legado de estos universitarios españoles y el de sus colegas exiliados de otros países de Europa es parte esencial de nuestro presente. Como personas y como grupo tuvieron la fortaleza para enfrentarse a los acontecimientos y fueron factor decisivo en el restablecimiento de la libertad y el humanismo.